

Carta de Pekín, Confucio y la revolución

Edgardo Bermejo Mora *

Para Flora Botton y Cheng Zhongy

Las flores, ya marchitas, caen y son llevadas por el viento del otoño; pero el perfume de las flores... ¿Adónde va el perfume de las flores?.

Li Tchang Yin (Siglo VIII)

En la novela *Los conquistadores*, uno de los documentos literarios más estimulantes escritos en el siglo XX a propósito del temperamento revolucionario que enfebreció a la centuria, André Malraux pone en boca del viejo sabio Cheng Dai esta sentencia perturbadora: "China se ha apoderado siempre de sus vencedores. Lentamente, es verdad, pero siempre". La celebración en estos días del LIII aniversario de la Gran Revolución de Octubre en Pekín, enmarcada, como siempre, con la pompa inigualable de los herederos de Mao Tse-tung, confirma de manera puntual las palabras proféticas de este personaje que Malraux concibió como la síntesis confuciana de la noción del *Justo Medio*, lo cual supone una apuesta por los cambios radicales, pero que al mismo tiempo postula la negligencia de las formas violentas para lograrlos. Habría, pues, que aceptar que el viejo Cheng, como una mezcla peculiar de Confucio y Gandhi situado en los tiempos del gobierno nacionalista de Cantón —que el novelista concibió como la voz moral que anticipó las décadas de barbarie bélica y horror revolucionario que azotaron China a lo largo de un siglo—, tenía razón: la historia reciente del



gigante asiático confirman que China —la Gran Nación del Centro, como lo indica la propia etimología de su nombre— tarde o temprano se impone en el mundo.

La referencia a Confucio no es gratuita en esta ocasión. Precisamente tres días antes de que en el Gran Salón del Pueblo, en Pekín, se celebrara, con el protocolo debido un aniversario más de la revolución comunista —acaso la última de su tipo vigorosa y saludable en los albores del siglo XXI—, en un barrio antiguo de la capital se llevó a cabo una ceremonia privada en la que se le rindió homenaje al gran maestro de todos los tiempos, el sabio de Qufu que —como lo sentenciaría Cheng Dai a propósito de China— se ha impuesto como ningún otro pensador en el mundo con el paso de los siglos. No es un hecho menor. Se trató de la primera ocasión en más de media centuria que se verificó el viejo rito de adoración al gran maestro imperial, luego de su prolongada marginación del aparato ideológico del gobierno comunista, lo que de alguna manera demuestra que lenta, inexorablemente, Confucio ha

vencido una vez más. Ni Aristóteles, Santo Tomás, el propio Marx, cualquier otro pensador en Occidente han logrado la hazaña de dominar por el espacio de dos milenios y cinco siglos el horizonte intelectual, político y espiritual de una civilización. ¿Cuánto tiempo pasará para que Confucio compita con Mao en el santoral cívico de China? si ha de ser un siglo o dos no es un plazo desafiante para el pensador más longevo de la historia, y en rigor muchos de los rasgos que hoy adopta esa combinación de paternalismo estatal y capitalismo salvaje que es China, llevan en sus entrañas el sello milenario de Confucio. Por ello, hoy en día los ideólogos oficiales del régimen admiten y subrayan las referencias a Confucio que Mao anotó en sus obras filosóficas, lo que pronostica acaso su pronta reinstalación como el padre del pensamiento político y filosófico chino de todos los tiempos.

Los Kong y la cuarta generación comunista

Me pareció entonces reconocer en aquella ceremonia matinal en el templo de Confucio —que sorprendentemente sobrevive casi intacto en la vieja calle de Guozjian (calle de la tranquilidad)— una forma elaborada y romántica de cierta disidencia en China, una sutil y nostálgica apostasía en otro tiempo inadmisibles para los protectores del canon maoísta, y no porque los adoradores del gran Confucio pretendan suplantarse al gobierno comunista con sus ademanes hieráticos y su representación más bien teatral de la antigüedad mítica, ni mucho menos, sino porque el sólo hecho de reeditar a estas alturas

* Escritor e historiador. Actualmente es agregado cultural en la embajada de México en China

la fastuosa y solemne ceremonia en ocasión de su natalicio, representó una callada pero inconfundible afirmación de que el viejo sabio sobrevive en el imaginario ritual de los chinos, a contracorriente de su pretendido laicismo republicano, un gesto al que, por lo demás, los camaradas de la nomenclatura ya no se oponen como lo hicieron con rabioso desdén en los tiempos de la Revolución cultural, cuando en el nombre de la verdad revolucionaria se desató una campaña anti-confuciana que provocó la destrucción de sus templos por toda China, y su reducción a la condición de pensador reaccionario, representante del pasado feudal y de la decadencia de la sociedad imperial.

La escuela de pensamiento que se conformó a partir de las enseñanzas de Confucio, 500 años antes de Cristo, devinieron ideología de Estado, guía moral y enseñanza pedagógica en la China imperial desde los tiempos de la dinastía Han (206 a.C. a 202 d.C.) hasta ya entrado el siglo XX, cuando en 1911 la revolución nacionalista de Sun Yat-sen derribó al último imperio de la dinastía Qin y se suprimió de las escuelas de oficiales el modelo educativo confuciano que fue suplantado por una combinación ecléctica de las escuelas pedagógicas positivistas del mundo Occidental y el modelo japonés de finales del siglo XIX. Pero lo cierto es que el confucianismo, como una suerte de religión civil que llegó incluso a rendirle culto al maestro al que la hagiografía posterior se encargó de elevar a la muy singular figura de santo-laico, fue en buena medida responsable de la estabilidad y longevidad de la civilización china, a partir de una amalgama de postulados que se pueden resumir como una gran filosofía política y moral que equipara al Estado y la familia como entidades afines, donde las cuatro grandes virtudes del buen comportamiento (Li), la benevolencia (Ren), la obediencia (Zhong)



y la compasión (Shu) norman lo que debe ser el buen gobierno de una nación, y su equivalente doméstico: la familia. El resultado es un Estado paternalista y jerárquico en el que cada persona debe ocupar el lugar que le corresponde, y no aspirar a más, sometida de una manera, al mismo tiempo noble y abyecta, a la noción de la obediencia: los hijos a los padres, el súbdito al soberano, la mujer al marido, el hermano menor al mayor y otras correspondencias afines, todos cohabitando en un orden preestablecido que, de ser alterado, provocará grandes trastornos: lo mismo la ruina de una familia que de una Dinastía. Obedecer, pues, como una hazaña de la supervivencia, es un elemento que pasa por el centro mismo de la idiosincrasia china y un postulado de pura cepa confuciana, de enorme valor en una sociedad masiva que desde tiempo inmemorial se cuenta por millones.

Por lo demás, el confucianismo como un código de ética elemental, y una guía en apariencia sencilla —y no por ello menos eficaz— en la conducción del Estado, demostró su pericia en los sitios donde sobrevivió como ideología oficial en la segunda mitad del siglo XX, por ello, hoy los chinos continentales reconocen que parte de la consabida prosperidad de lugares como Singapur, Hong Kong y Taiwán, por lo menos algo le debe a Confucio y su impronta milenaria, y por ello, cada vez es más difícil ocultar los propios rasgos confucianos de la China comunista en su etapa de apertura al mundo y despegue económico acelerado, entre los que cabe destacar la pena de muerte para los funcionarios corruptos, o la injerencia del Estado en prácticamente todos los medios de comunicación del país, donde

ni siquiera la entrada reciente —y tan largamente esperada— a la Organización Mundial de Comercio permiten esperar una pronta liberación en la materia.

Cuatro generaciones han pasado en este medio siglo de revolución en China, y hoy la así llamada “cuarta generación” de dirigentes se alista para tomar las riendas del poder en el próximo XVI Congreso del Partido Comunista, en el cual habrá de asegurarse, por tercera ocasión desde la muerte de Mao, una transmisión pacífica y ordenada del mando, naturalmente dentro del esquema centralizado de un partido gobernante único, que resulta inapropiado —e incomprensible— para los moldes y valores de la democracia en Occidente. El caso es que mientras esta nueva generación se prepara para su inminente entronización —quien habrá de ser el próximo presidente tenía siete años cuando los comunistas tomaron el poder—, la saga de los Kong —tal es el apellido del gran maestro al que en Occidente se le rebautizó como Confucio— cumple 80 generaciones, y hoy en su pueblo natal de la provincia de Shandong, por lo menos 50 mil Kong se adjudican la herencia sanguínea del sabio, la misma que disputan con los Kong de Taiwán que huyeron a la isla en el 48, toda vez que con ellos huyó también el hasta entonces considerado heredero legítimo, es decir, el hijo primogénito de la 77 generación de la familia. En esta confuciana confusión se resume el choque violento de dos tradiciones y dos temperamentos históricos distintos, a los que podemos identificar como el dilema secular entre la tradición y la revolución, y que hoy, en esta parte del mundo, parecerían reconciliarse como parte de ese panorama *sui generis* y fascinante que se construye en la China de nuestros días. ●

Pekín, barrio de Salintun,
octubre del 2002